



La Guerra Fría (II): de Barbarroja a Yalta

Emilio Campmany

En *Libertad Digital* nº 7763

3 de mayo de 2010

(Publicado en el Suplemento Historia de *Libertad Digital*, el 14 de abril de 2010)

El 23 de agosto de 1939, Ribbentrop y Molotov dejaron atónito al mundo cuando firmaron el pacto de no agresión nazi-soviético. Nazis y bolcheviques, supuestos enemigos acérrimos, se convertían en aliados.

Stalin creía, como Lenin y Trotsky, que el régimen comunista no sobreviviría en Rusia si la revolución no triunfaba fuera de allí. Pero, a diferencia de ellos, el georgiano pensaba que la URSS podría sobrevivir durante varios años hasta dar tiempo a que la revolución se exportara, si sabía jugar bien sus cartas. Jugar bien sus cartas implicaba dos estrategias. La primera era la de procurar que las potencias capitalistas se enfrentaran unas a otras antes de que acertaran a ponerse de acuerdo en destruir la URSS. La segunda, la de ensanchar las fronteras rusas tanto como fuera posible hasta coincidir al menos con las que poseyó el imperio zarista, con el fin de dificultar en lo posible la invasión si, a pesar de todo, aquellas potencias decidían aliarse contra la URSS.

La oferta que Ribbentrop llevó a Moscú propiciaba la realización de ambas estrategias: por un lado, favorecía que Alemania invadiera Polonia y entrara en guerra con Francia y Gran Bretaña; por otro, mediante un protocolo secreto, permitía a la Unión Soviética extender su esfera de influencia hasta prácticamente las fronteras que Rusia tenía en 1914.

El 1º de septiembre, Alemania invadió Polonia con la tranquilidad de que Rusia no haría nada para impedirlo. Pocos días después, Ribbentrop instó a sus nuevos amigos rusos a hacer lo propio para que ocuparan la parte de territorio polaco que el protocolo secreto les había reservado. Los rusos vacilaron hasta que se convencieron de que Gran Bretaña y Francia no harían nada para proteger a su aliado. El 17 de septiembre, el Ejército Rojo cruzó la frontera e invadió la zona de Polonia que le había correspon-

didido. Ni Gran Bretaña ni Francia declararon la guerra a la URSS como habían hecho con Alemania cuando invadió Polonia.

Poco después, el 28 de septiembre, Molotov y Ribbentrop firmaron un nuevo tratado de amistad y cooperación que también incorporó un protocolo secreto. Por él, ambos Gobiernos modificaron las esferas de influencia acordadas el mes anterior. Rusia cedía la parte occidental de su Polonia a los alemanes a cambio de Lituania. La nueva frontera pactada venía a coincidir más o menos con la Línea Curzon, propuesta por las potencias occidentales en 1919 como frontera entre Polonia y la URSS. De este modo, Rusia recuperó la franja de territorio perdida en la guerra contra los polacos en 1920.

Repartida Polonia, la URSS comenzó a anexionarse los países y territorios que el pacto nazi-soviético adjudicaba a su esfera de influencia. Cayeron Estonia, Letonia y Lituania. A Rumanía, que tenía un tratado de cooperación económica con Alemania desde marzo de 1939, le fue arrebatada la Besarabia y parte de la Bukovina. El 26 de noviembre de 1939, Stalin invadió también Finlandia. Si esta invasión hubiera tenido éxito, Stalin habría devuelto a Rusia poco más o menos las fronteras que tenía en tiempos del zar Nicolás II. Sin embargo, los finlandeses supieron oponerse al Ejército Rojo y, a pesar de su superioridad numérica, Stalin sólo logró anexionarse unas pocas áreas de territorio finlandés (Tratado de Moscú, 13 de marzo de 1940).

El pobre rendimiento del Ejército Rojo durante la Guerra de Invierno puso en evidencia la escasa capacidad de las fuerzas armadas soviéticas.

En junio de 1941, sólo Gran Bretaña estaba en guerra con Alemania. La RAF había logrado impedir la invasión de las islas ganando la Batalla de Inglaterra, pero los alemanes asediaban Tobruk, en el norte de África, y amenazaban con dirigirse a Egipto, ocupar el Canal de Suez, cortar las comunicaciones entre Gran Bretaña y su imperio en el subcontinente indio y dirigirse a los pozos petrolíferos de Oriente Medio. Sólo un milagro podría evitarlo. Un milagro o la decisión de invadir la URSS.

Hitler no tenía ningún interés en el Mediterráneo, al que consideraba un teatro de operaciones secundario. Su principal objetivo de guerra era lograr *Lebensraum* (espacio vital) para su pueblo. Y éste no estaba en África, sino en Rusia. El 22 de junio de 1941, sus tropas invadieron la Unión Soviética.

La invasión convirtió a Churchill y a Stalin en aliados de conveniencia. El primer ministro británico tenía acreditada fama de anticomunista, pero en esta ocasión se pondría del lado de los soviéticos. El modo en que lo explicó fue como siempre brillante: "Si Hitler invadiera el infierno, yo cuando menos haría una alusión favorable al demonio en la Cámara de los Comunes".

Stalin, por su parte, recuperado del estado de shock en el que quedó tras enterarse de una invasión que él no esperaba mientras Hitler no hubiera conseguido derrotar a Inglaterra, acudió inmediatamente a su inesperado aliado capitalista para pedirle ayuda en forma de suministro de material. En el seno del Gabinete británico, las pos-

turas estuvieron enfrentadas. El Estado Mayor dudaba de la conveniencia de gastar dinero y energías en ayudar a un aliado que parecía incapaz de resistir apenas unas semanas. En cambio, Anthony Eden, secretario del Foreign Office, se mostró partidario de ayudar a los rusos tanto como se pudiera, por ser su resistencia lo único que podría salvar a Oriente Medio de caer en manos alemanas. En cualquier caso, el 12 de julio Gran Bretaña y la Unión Soviética firmaron un acuerdo por el que se comprometían a conducir la guerra contra Alemania conjuntamente y a no entablar negociaciones o firmar la paz con Hitler separadamente.

Quien sin embargo estuvo muy dispuesto a ayudar a los rusos y no tuvo dudas acerca de la necesidad de hacerlo, a pesar de su neutralidad oficial, fue Estados Unidos. Roosevelt, como casi todos los norteamericanos de izquierdas, simpatizaba con los soviéticos. El *crash* de 1929 había generado amplia desconfianza en el capitalismo. La economía soviética parecía tener las respuestas, y los horrores de las purgas y la verdad de cómo se vivía en la URSS eran desconocidos para los habitantes del otro extremo del globo. Dos días después de la invasión, Roosevelt anunció que su política de suministros a Gran Bretaña se extendería a la URSS. A finales de julio llegó a Moscú el enviado especial del presidente norteamericano, Harry Hopkins, para concretar con Stalin la clase de ayuda que la URSS recibiría de Norteamérica. A principios de agosto, ambos países intercambiaron unas notas diplomáticas con las que formalizaron su relación. Todo esto ocurrió antes de Pearl Harbor.

Stalin, prácticamente desde el día siguiente de la invasión, exigió a Gran Bretaña y luego, una vez que los Estados Unidos habían entrado en guerra, también a Roosevelt dos cosas. La primera era que los anglosajones abrieran un segundo frente invadiendo la Francia ocupada con el fin de que los alemanes tuvieran que desplazar tropas del frente del este al occidental y se aliviara así la presión que sobre los rusos ejercían. La segunda era que norteamericanos y británicos se comprometieran a respetar después de la guerra las fronteras de la URSS en 1940. Dicho de otro modo, Stalin exigía que ambos aceptaran el botín obtenido gracias a sus tratos con Hitler.

Los norteamericanos estaban más inclinados que los británicos a satisfacer estas exigencias. Para Churchill, abrir un segundo frente no tenía ninguna ventaja mientras los rusos se mostraran incapaces de contener a los alemanes, porque la pérdida de vidas inglesas que el desembarco implicaría sería inútil. Por otro lado, también lo sería si los rusos demostraban ser capaces de derrotar a los alemanes porque entonces sería preferible a los intereses británicos que fueran los rusos los que corrieran con el coste de vencer a Hitler.

La segunda exigencia, la de respetar las fronteras pactadas por Ribbentrop y Molotov, era aun más inadmisibile. Exigía aceptar el reparto que de Polonia habían acordado Stalin y Hitler en lo que a la URSS beneficiaba cuando la razón de estar Gran Bretaña en conflicto con Alemania había sido precisamente la de defender la integridad de Polonia. Parecía no tener sentido haber declarado la guerra para acudir en socorro de un aliado y luego pretender ganar aquella vendiendo el amigo a un tercero.

Sin embargo, había tres circunstancias que acabarían obligando a los ingleses a acep-

tar la frontera de 1940. La primera era que Gran Bretaña, a pesar de ser aliado de Polonia, no salió en su defensa cuando fue invadida por la URSS. Es cierto que no lo hizo por sentido del decoro, puesto que, habiendo declarado la guerra a Alemania por invadir Polonia y no habiendo hecho nada por defenderla, resultaba cínico hacer lo mismo cuando fue invadida por Rusia. La segunda era que los rusos habían pactado con Hitler una frontera poco menos que idéntica a la establecida por Lord Curzon en 1919, con lo que parecía poco coherente rechazar una frontera que había sido fijada como la más razonable por un diplomático inglés. La tercera era que los estadounidenses no tenían ningún compromiso con Polonia y que Roosevelt, como buen buen heredero de Wilson que se sentía, se mostró receptivo ante la anexión de territorios polacos habitados mayoritariamente por rusos blancos y ucranianos.

Mientras tanto, Stalin sabía que sus dos circunstanciales aliados eran países en los que había poderosos anticomunistas. Era esencial no darles motivos para que criticaran la alianza con la URSS. El 22 de mayo de 1943, la Comintern fue disuelta. Ahora, el organismo de control de los partidos comunistas de otros países siguió impartiendo órdenes. Las nuevas fueron las de colaborar en lo posible con las fuerzas políticas antifascistas y renunciar, por el momento a la implantación de regímenes comunistas en aquellos países que fueran siendo liberados.

Poco después se inició la invasión de Sicilia. Americanos y británicos trataron de vender a Stalin la invasión de Italia como la apertura de ese segundo frente que tanto ansiaba. Sin embargo, Stalin sabía que Italia no distraería demasiadas tropas alemanas. Cuando finalmente Mussolini cayó y los aliados entraron en conversaciones con el nuevo Gobierno encabezado por el mariscal Badoglio, Stalin pretendió participar en la negociación y en la ocupación en pie de igualdad con británicos y americanos. Éstos se negaron alegando que los rusos no habían intervenido en la liberación de Italia. El precedente fue posteriormente alegado por Stalin para impedir que ingleses y estadounidenses se inmiscuyeran en las decisiones relativas al destino de los países liberados por el Ejército Rojo.

Tras la batalla de Kursk (agosto de 1943) se hizo evidente que los rusos derrotarían a los alemanes y se convirtió en cuestión apremiante acordar que pasaría con Alemania y con los países liberados de su yugo. A tal efecto fue convocada la Conferencia de Teherán (28 de noviembre-1º de diciembre de 1943). Fue la primera vez en la que los tres líderes coincidían en un lugar a la vez. Aunque se habló del futuro de Polonia, Finlandia y sobre todo del de Alemania, nada se acordó al respecto. Solamente se pusieron de acuerdo en que el segundo frente se abriría por fin en la primavera siguiente, en Normandía y que la URSS declarararía la guerra a Japón una vez que Alemania fuera derrotada.

La decisión de la URSS de declarar la guerra a Japón tras la derrota de Alemania se fundaba en el deseo de recuperar los territorios perdidos por el zar en la guerra ruso-japonesa. Es decir, lograr que, tras la guerra, la URSS tuviera la extensión máxima que hubiera alcanzado la Rusia zarista.

En cuanto al segundo frente, es obvio que llegaba algo tarde, pues la derrota alemana

era segura. Cabe sospechar que los británicos se decidieran a desembarcar en Francia no tanto para derrotar a Alemania como para evitar que toda Europa quedara a merced del Ejército Rojo.

Desde el mismo momento en que su país fue invadido, Stalin estuvo preocupado por el futuro de Europa tras la guerra, para el caso de que la URSS fuera capaz de ganarla. Desde muy pronto estuvo proponiendo a Churchill repartirse Europa en esferas de influencia. El británico era reacio a aceptar, por dos razones. La primera era que Roosevelt no quería ni oír hablar de esferas de influencia. Como Wilson, desconfiaba del equilibrio de poder y de la diplomacia secreta; creía en el principio de autodeterminación, y propuso que los tres grandes junto a China fueran en el futuro los policías del mundo encargados de mantener el *status quo*. La segunda era que Gran Bretaña jamás había querido tener una esfera de influencia en Europa. Su política siempre había sido la de impedir que alguna potencia dominara el continente para que ninguna fuera lo suficientemente fuerte como para rivalizar con ella en el dominio del mundo.

La propuesta de Stalin implicaba aceptar que el equilibrio en Europa se había roto y que inevitablemente alguien dominaría el continente. Ya no podría ser Alemania, pero, a cambio, lo haría la Unión Soviética. Gran Bretaña carecía de las fuerzas para impedirlo y los Estados Unidos, que sí tenían las fuerzas, no tenían la voluntad. De forma, que lo único que podía hacer Churchill era salvar lo que pudiera.

Cuando el Ejército Rojo estuvo en trance de invadir Rumanía y se hizo apremiante ver qué se hacía con los países que los comunistas fueran liberando, a finales de 1944, Churchill viajó a Moscú para tratar de llegar a un acuerdo con Stalin a espaldas de Roosevelt. Fue entonces cuando propuso el acuerdo de los porcentajes. Según él, Gran Bretaña y la URSS se repartirían la influencia en los Balcanes y la Europa del Este conforme al siguiente esquema: Rumanía y Bulgaria serían para la URSS al 90/10; Grecia, para Gran Bretaña al 90/10, y Yugoslavia y Hungría se repartirían al 50/50. Stalin no estuvo de acuerdo con lo de Hungría, así que Eden y Molotov acordaron repartirse Yugoslavia y Hungría al 80/20 en favor de la URSS. Dicho de otro modo, Churchill entregó toda la Europa del Este y los Balcanes a la URSS a cambio de Grecia. En su defensa puede decirse que, sin el pacto, Europa del Este hubiera caído de igual modo del lado soviético y los británicos no hubieran podido parar a los comunistas griegos si éstos hubieran recibido ayuda del Ejército Rojo. De hecho, Stalin hizo honor a su compromiso y los comunistas griegos fueron abandonados a su suerte por sus camaradas rusos hasta ser derrotados y desarmados por el ejército británico.

Quedaba, sin embargo, Polonia. El líder polaco en el exilio, Mikolajczyk, fue invitado a reunirse con los dos mandatarios en Moscú. Stalin deseaba que el líder polaco aceptara colaborar con los comunistas de su país, controlados por Stalin, y aceptara la Línea Curzon como futura frontera oriental de Polonia. Para que aceptara, Stalin le ofreció un tercio de los ministerios en el Gobierno de posguerra. Mikolajczyk terminó aceptando, pero no logró convencer a sus compañeros en el exilio y dimitió al mes siguiente, antes de que terminara el año 1944. La cuestión de Polonia, junto con el

destino de Alemania, quedaría para Yalta, la conferencia que se celebraría enseguida, en febrero de 1945.

[Libertad Digital](#)